

CUENTOS

# PEDREGAL

---

# LOS BANDIDOS

Cristián Pavez-Vera



ElOtroCuarto  
EDITORIAL

PEDREGAL  
**LOS BANDIDOS**

**PEDREGAL /  
LOS BANDIDOS**  
Cristián Pavez-Vera

Primera edición: junio, 2022

En colaboración con  
EspacioAjeno - Plataforma Crowdfunding  
[facebook.com/espacioajeno.cl](https://facebook.com/espacioajeno.cl)

Impreso en Santiago de Chile  
por Grupo Donnebaum.

Diseño, edición y diagramación  
Editorial ELOtroCuarto  
[www.elotrocuarto.cl](http://www.elotrocuarto.cl)

PEDREGAL  
**LOS BANDIDOS**

Cristián Pavez-Vera

Ediciones **ElOtroCuarto**



*"Este camino ya nadie lo recorre,  
salvo el crepúsculo".*

**Matsuo Bashō**

## PEDREGAL

Bernad Allan vigiló los síntomas y despachó una carta breve a Niall Gibbs en Johannesburgo. Hacía una descripción del deceso. En un capítulo que denominó “*Anexos sobre los síntomas*”, las particularidades que llevaron al pequeño John a morir —como el hijo de Ana Kahn y la nieta de Nelson Mayer— en la misma fecha. El registro, inscrito en la tablilla de los catres, concluía la presencia de una gravísima infección: *difteria*.

El perforador de los yacimientos de Northumberland, Ceinwein Atkins, recibió el diagnóstico a través del Sistema Postal Privado. Reservado al transporte de correspondencia hospitalaria. El resultado del estudio precisó que padecía *nistagmus*: una dolencia endémica en las minas de carbón Nantyglo. Fue tratado en el pabellón de infecciosos del Hospital Provincial de Shereham.

Gibbs conservaba como un tesoro íntimo los datos de varias pandemias. Su suntuosidad imprescindible se refería al *sarampión Indio*<sup>1</sup>. Lo documentó el médico portugués Ruiz Díaz de Isla en 1497<sup>2</sup>. Las acotaciones de Ruiz reseñaban la proliferación de úlceras genitales en los hombres que se enrolaron como marineros de Colón. Las apostillas, con letra cursiva continua y en español, analizaban los rasgos del *flagelo* que se desperdigó desde Barcelona hacia Italia, Grecia y al sur de Francia. “*Un mal no visto ni descrito que hizo su primera aparición en aquella ciudad y se difundió desde allí a todo el mundo (...)*”, apuntó el luso.

Viajó dos años sacando uñas encarnadas y atendiendo partos por España. Adquirió una colección de cuarenta libretas con tapa de cuero de cerdo y hojas de papel de arroz con el encargado de servicio postal de Valencia, Pedro Del Pedral Mayor. El hombre atesoraba, como un menospreciado obsequio por favores administrativos, los extractos de las disputas y acusaciones que llevaron a la promulgación de la Ley de Edimburgo de 1497<sup>3</sup>. En la libreta “Nº 3” se hacía referencia a Jenny Beberidge. Ella, como exigía la normativa, se presentó el viernes a las diez de la mañana en las playas de Leith. Beberidge fue trasladada a la Isla de Inchkeith. Su hermana Laura fue marcada en la mejilla izquierda por transgredir la disposición profiláctica.

---

1 Uno de los tantos nombres que se usó para definir a los males venéreos.

2 Ruiz Díaz de Isla (1462-1542). Médico portugués que trabajó a fines del siglo XV en Barcelona.

3 La Ley de Edimburgo se dictó para combatir un brote de sífilis en el norte de Inglaterra en 1497. El traslado a la Isla de Inchkeith de mujeres infectadas debía ejecutarse entre viernes y lunes.



Niall respondió que era aconsejable, después de una serie de observaciones, un calendario de *lavados locales* —“*vacunas curativas*”— y la aplicación de sulfamidas durante cuatro semanas para el zapador Stroud Brompton. El *traitement*, aprobado por la *Real Academia de Medicina del Reino Unido*, exhibió resultados en un grupo de navegantes afectados por la “*portuguesa*” en Siracusa. Los apuntes que transcribió en Lisboa el médico de la Escuela Colombina, Evaristo Almeida De Castro, develaban la presencia de la temible y repelente “*mankabassam*”<sup>4</sup>. Un padecimiento infeccioso —reforzó con datos que recopiló de las fichas médicas del Hospital de She-reham— acarreado por Colón desde América en 1492.

Adicionó que las glosas, archivadas en la espléndida librería del gabinete del cirujano escocés John Hunter, y consignados en 1876, fundaban con criterio de evidencia racional que la “*viruela francesa*” carecía de historial clínico en Europa y en ciudades como Helsingborg, Poltava, Esbjerg, Praga, Tula y Riga. Las ulceraciones se evidenciaron en marinos que convivieron con mujeres de Santo Domingo, Yucatán y Cuba. Desembarcaron en el Puerto de Almería, pero sin destino claro.

Gibbs, como una forma de recompensar la ayuda que le brindó Bernad Allan, le explicó el modo de trabajo del galeno escocés. Sostuvo que el cirujano se inoculó, en Londres, para estudiar la “*pérdida uretral*”, sangre de pacientes infectados con gérmenes venéreos. Hunter habría soportado una parálisis a raíz de sus ensayos, que finalmente le provocaron la muerte en 1793. El deceso fue narrado magníficamente por el

---

4 Denominación en japonés de la sífilis en el siglo XV. Significa literalmente “la enfermedad portuguesa”.

articulista comercial de Gardynus, Andre Morton. Atesoraba cinco esquelas. Contenían la muestra de diez operarios de las fundiciones de hierro de Abertillery. En una carpeta, envainada con lienza de cáñamo, ocultaba la descripción de siete fotografías, con inscripciones anexadas, de casos de fístulas genitales, neuralgia, supuración, fiebre, mareos, de tres hombres adultos, siete mujeres jóvenes, y de una zurcidora de Málaga que aceptó, por alguna razón misteriosa, incluir su nombre completo: *Delia Cano Puerta*.

Niall Gibbs regresaría, bordeando los puertos atlánticos, desde el sur de África. Concluía su trabajo en las minas de Johannesburgo para estudiar los fallecimientos, esencialmente de excavadores negros, atribuidos a la tuberculosis. Los casos más complejos se extendían a niños y a mujeres en edad fértil.

Asistió el parto de una mujer de origen francés, Marie Bourrier, en East London. Su marido, Vincent Steenblock, un neerlandés de Flessinga versado en prospección petrolera, se ahogó —a mediados de abril— en las proximidades del Cabo de Buena Esperanza. El barco, de nombre "*San Martín*", que levó anclas en Bahía Blanca, Argentina, naufragó en las proximidades de Strand. Debía atracar en Elizabeth. Steenblock ordenó que el buque, de mediana eslora, se desviara a las costas de Aracajú en Brasil. El "*San Martín*", en un dato consignado por Gibbs, trasladaba el caudal emitido, con la autorización expresa de LA CASA DE MONEDA DE LA NACIÓN, de "*Julius Popper*". Marie Bourrier, para alejarse decisivamente de su sombrío esposo, reveló que el *chargement* era de doscientas piezas, pero que no había evidencia de que la carga hubiese zozobrado. El informe, redactado por un consejero

del Presidente Juárez Celma, sugería —a modo de conjetura leve— que Vincent Steenblock decidió esconder las monedas en un subterráneo de “Atlanta”<sup>5</sup>.

Marie Bourrier, diestra en la confección de mapas, retornaría a Cholet con su hijo, al que bautizó Gustav Vincent. Sus trabajos estaban destinados al geólogo de Bulle y exartillero en la Guerra de Crimea, Gérard Lambert. Redactó un artículo en cinco pliegos *tipo carta* con membrete, acerca de las descripciones astronómicas del sabio de Alejandría, Ptolomeo, en los tiempos de Adriano y Marco Antonio. Explicó en el refuerzo del *lead*, que el astrólogo sistematizó un ciclo de relaciones cósmicas. La importancia, expuso, consistía en la latitud y longitud de 1.022 *estrellas fijas*. Ese boceto sideral era una inspiración encendida para cartógrafos y copistas, de diversos reinos, que no transpusieron los límites de sus burgos.

Retornó a la travesía de Popper en los pedregales de América del Sur. Expuso que su itinerario, en comparación a la obra del sabio de Alejandría, fue infame. Lacrado por la cabalgata pomposa sobre el *exterminio*. Un paso sanguinolento en compañía del comandante Ramón Lista: “*Un desenlace oscuro para el final de la ‘Guerra del Desierto’. Una ronda de piedras en la que tropezaron la civilización y la barbarie, pero en donde la última subsiste como la memoria sin fin de un destino maltrecho, en la consumación, en el último tramo de la tierra austral del mundo. Más larga y delgada que el horizonte que aleja a África de los mares antárticos (...)*”.

---

5 Poblado que construyó Popper cerca de Río Grande. Iba a constituir el puerto de entrada de Argentina hacia la Antártica en 1890.

El informe de las minas de oro de Rand, que elaboró durante tres meses, señalaba que era imprescindible hacer un estudio acabado de los habitantes de las barriadas de Johannesburgo. El compendio, que sería impreso en *Bishopsgate N° 46* de Calle Liverpool, era un antecedente necesario para la obtención del F.R.C.P.<sup>6</sup>

El Kimberly, el barco que llevaría de regreso a Niall Gibbs, abandonaría al amanecer Saldanha. Pernoctó a saltos sobre una litera incómoda. El navío, alquilado por una empresa irlandesa para el traslado de correspondencia bancaria, se hamaqueaba frente a la costa de Namibia. Distinguió las luces de Walvis Bay. Repasó las estadísticas sobre la tuberculosis de Pretoria. La controversia, y todos los apuntes e historiales clínicos, estaban cruzados por el incremento de la pandemia en Kroonstad. Recordó las discusiones, que abarcaban las críticas de las tendencias absolutas de las escuelas Unitaria y Colombina en torno a los males venéreos, con el especialista francés, Pascal Chaumont, en las excursiones dominicales por Saint Gales y White Chapel.

Chaumont hacía referencia, como un modelo efectivo, al panóptico, para observar a la familia Poupin, durante el acoso del tifus, en el tercer piso de la *rue Saint-Honoré*, en las cercanías de la Iglesia Saint-Roch de París. Las caminatas se cristalizaron como una orientación perentoria. Gibbs logró comprender aspectos cardinales de la conferencia que dictó

---

6 Documento que certifica la pertenencia a la "Real Academia de Medicina del Reino Unido", UK.

el bacteriólogo de Burdeos, acerca de la *Reacción Pirquet*<sup>7</sup>, en el Victoria Ches Hospital. Chaumont —haciendo referencia a tres artículos de la *Revista Americana de Higiene*— subrayó que la *Reacción* se basó en una serie de inyecciones intracutáneas, pero en dosis ínfimas, de *mycobacterium tuberculosis*, en 1909, Viena. El francés, apuntó que la muestra evidenció empíricamente que el 70% de los niños enfermos habían contraído la enfermedad después de los diez años y la fracción restante, con rasgos manifiestos de desnutrición, sobre los catorce.

Probó café amargo. El asistente del capitán, el senegalés Jean Babacar N'dour, indicó que el *dijimmahm*<sup>8</sup> era una joya de Etiopía. *Une marchandise* apetecida en New York y en Chicago. Gibbs le pidió que lo acompañara a esperar el amanecer. Jean aseguró que ya había cruzado la línea del Ecuador. Que era divertido revolver el café y ver cómo el remolino se confundía en la mitad del mundo.

Arribaron a la Isla Santa Isabel. Su pasaporte fue revisado por una delegación. Lo importante era que la *signature* coincidiera con la escrita en la visa de trabajo sudafricana. Recorrió la cubierta. Observó a los agentes de una empresa de excavaciones noruega. Los escandinavos, afligidos por el calor, bebían *Bollinger Couvée* de Reims. Abrieron los quitasoles de tafetán blanco, para refugiarse del estrujón incandescente,

---

7 Prueba de reacción creada por el médico austríaco Pirquet (1874-1929). Consiste en la aplicación de proteínas *mycobacterium tuberculosis*. Pirquet estudió medicina en las Universidades de Viena, Königsberg y Graz. Desde 1908 a 1910 fue profesor de pediatría en la Universidad Johns Hopkins de Baltimore y Breslau, Alemania. Elaboró una nueva teoría acerca de la formación de anticuerpos y el periodo de incubación de las patologías infecciosas.

8 Variedad de café africano.

en la ensenada. Hizo cinco fotografías, con la *Hasselblad* que le obsequió el periodista Piero Guglielmetti, de la tripulación. Algunos descenderían en Añadir, Marruecos, y otro grupo en Bizerta, Túnez. Guglielmetti retrató la *Marcia su Roma*<sup>9</sup> de los *fasci di combattimento* en Civitavecchia. También despachó quince imágenes de los estrategas checoslovacos que llegaron a Bolivia durante la Guerra del Chaco y tres de cuerpo entero del militar paraguayo, formado en la Escuela Militar de Chile, José Félix Estigarribia.

Logró desplazarse por el Chaco. El napolitano era *plurilingüe*. Escribía y conversaba fluidamente en sueco, húngaro, francés, alemán, inglés, español y en frisón. Logró, por la confianza que ganó entre la milicia boliviana, captar al Presidente Daniel Salamanca y al general alemán, Hans Kundt. El militar prusiano, veterano de *Neuve Chapelle*, fue humillado después de su derrota en Boquerón. Al pie de la foto, Guglielmetti escribió —para referirse a la displicencia de Kundt— “*klootzak*”<sup>10</sup>.

El Kimberly permanecía en la rada. El capitán, Pape Ngom Mbaye, abrió el bar. Llenó una salvilla de chapa con hielo y colocó veinte botellas de *Möet Chando Rosé*. Hombres y mujeres subieron a vender refrigerios y paletas de crema con fruta. Las que no portaban una cesta, acompañaban a los nórdicos a las recámaras. Jean Babacar ofreció dos jóvenes negras, orladas con vestidos calipsos. Cinco dólares, indicaron, hasta que el Kimberly abandonara Santa Isabel. Niall era un experto en *maladies de l'amour*. Algunas erupciones en el rostro de las africanas lo indujeron a advertir a Jean. Él señaló

---

9            Marcha sobre Roma. Se desarrolló entre el 27 y 29 de octubre.

10          “Huevón” en holandés.

que todo estaría bien. Que los males, de cualquier tipo, los combatía con *moje de bananas* y *tostones*. Su esposa, Angélique, con ocho meses de embarazo, se negaba rotundamente a compartir alcoba. Una tarde placentera, en buena compañía, y *Cordon Rouge* en el Hotel Bamenda, era un agasajo divino. La embarcación levó anclas. El Kimberly atracó por dos horas en Dakar. Continuó a Marruecos.

El inglés recordaba el artículo de la viuda de Steenblock. Evocó el viaje que realizaban sus ojos sobre los portulanos que compró a un coleccionista de cartas de navegación de Worcester. Marie observó con lupa el detalle de los trazos hechos en el siglo XVI. Su disposición erudita y sigilosa era fascinante para el británico.

Gibbs sentía una atracción inexplicable por el sur de Argentina y por las leyendas que hablaban del *Chile Mágico*. La historia la escuchó en Cardiff. El marinero irlandés, Albert Hodges, redactó —en Höfn, Islandia— una serie de apuntes acerca de una urbe oculta en Chile. Un paraje espléndido y, según los extractos, habitado por dioses. Hodges se refería al lugar como *Ciudad de los Césares*.

Despachó un catálogo y una pequeña cartografía en la que, haciendo correcciones y apostillas, describía la asombrosa tierra ubicada entre la Cordillera de los Andes y el Océano Pacífico. Comenzaba haciendo alusión a *Shamballach* en los *Andes del Sur del Mundo*. Era el equivalente a *Ellelin* en la *América ecuatorial*. Ahí se habían congregado los sobrevivientes de las hecatombes planetarias.

Niall era un sujeto formado en la ciencia. En el estricto *sentido del Método* —escribió a Bernard Allan desde Cardiff—

como certeza de comprobación. Las conjeturas de Albert Hodges, las traducía como un desbarro o una leyenda sin destino. Pensó que la *fable*, en la que se incluían parajes secretos y formidables, era un impulso primordial, ficticio; una leyenda necesaria para aniquilar indígenas, acuñar monedas y todo el oro austral.

Las falúas de Conakry que permanecían en la playa izaban sus velas. Parecían desaparecer en el embate de las olas que llegaban hasta la ribera. Se eclipsaban y nuevamente sus siluetas emergían. Jean fumaba un *Montecristo*. Hizo comentarios acerca de los bateles que se desplazaban por la costa. Eran pescadores. Los había acompañado a internarse en el mar. Después de concluir la escuela, se mudó a Cabo Verde. Pasó cinco años, en una pequeña posada de marinos, en San Vicente. Tuvo dos hijos con una muchacha a la que recordaba con el nombre de Madalena. Angélique pariría en noviembre.

Ya estaba en Agadir. Era una detención breve. El barco no se desvió hacia Las Palmas ni a Canarias. Cancelaría los derechos de navegación y salvoconductos. Gibbs almorzó *Tiébuodienne*<sup>11</sup>. Conservaba, como un tesoro apetecido, un *blend* de grano de malta. El menú también incluía *Ingira*<sup>12</sup>.

La brisa cálida traspasaba su pantalón de paño y la camisa de algodón. El estío de julio era insoportable. Examinó el estado de su expediente. Sabía que su visado inglés y la credencial de médico no le causarían problemas de tráfico en Gibraltar. Fue arrestado a los veintidós años en Tánger, por no declarar siete botellas de *Chartreuse Verte*, pero las gestiones

---

11 Plato tradicional senegalés. Consiste en pescado con legumbres.

12 Pan etíope.



de su tío Charles —agregado diplomático— lo libraron de los apremios de la policía.

Tomó seis imágenes de la ribera. Un *muezzim*, desde la torre del muelle, convocaba a la plegaria. Escribió una nota, al reverso de la foto, en francés, para N'dour: “*Un Muezzim appealing du Hunt de minaret le fidèls à la prière*”.

Babacar coló *Sidamo*<sup>13</sup>. Lo sirvió agrio, sin almíbar, en salserillas de porcelana con inscripciones japonesas. Su tío, Louis Valenod Cissokho, hijo de un coronel galo y agente comercial en Estambul, le enviaba obsequios. El máspreciado era una fotografía, vistiendo un *caique*, en los jardines del Palacio de *Kurbalider*, y otra navegando en un vapor de lujo por el Bósforo. Niall paladeó la infusión amarga. Recordó la boda de su tío Charles en Colombes, París, con la turca Fheimé al-Hamid. Sus recónditos ojos negros conocían los secretos de los alcázares. La arquitectura oculta, compleja, certera, de las intrigas palaciegas. Era cauta, silenciosa. Ese rasgo lo heredó de sus años en el *kalfas*<sup>14</sup> y del eco del *selamlik*<sup>15</sup>.

La costa comenzó a alejarse. Gibbs obturó tres veces. Luego hizo foco en el rostro del senegalés. Captó una secuencia de cinco planos. Una cicatriz casi extinta le cruzaba el carrillo izquierdo. Adquiría un sello personal en el retrato. En cuatro horas alcanzarían Gibraltar. Su destino ideal era Cagliari, en Cerdeña, pero el Informe Johannesburgo tenía que estar

---

13 Variedad de café etíope.

14 Damas de honor que se desempeñaban en diversas labores en los palacios.

15 Oración del viernes en la mezquita de Santa Sofía. Los asistentes debían ocupar un sitio antes del arribo del sultán.

sobre el escritorio de Bernard Allan. Era un hombre eficiente. Trasladaría a Gibbs a Sevilla y luego a Madrid.

La voz del General Francisco Franco brotaba desde un *Grunding* en la “Residencia Monasterio” —del N° 557 de Calle General Ibáñez Ibero— de Madrid. La dueña y recepcionista, Carmen Veneros, tarareaba zarzuelas. Sobre un espejo con marco rococó dorado, la efigie de Franco y de la Virgen de la Macarena. Gibbs intuía correctamente el español. Decía inspirado en Víctor Hugo, que era un idioma rico en palabras sexuales, obscenas, como ninguna otra lengua.

Veneros, de unos cincuenta años, le invitó a tomar una tacita de manzanillas con panecillos dulces y magdalena de leche. La fotografía de un hombre con saco y corbata, de treinta años, permanecía sobre la guía telefónica. Era su marido, Benjamín Cantero Anguita. Se enroló en un destacamento republicano en Teruel. Disfrazado de sacerdote, evadió las ejecuciones sumarias de los nacionalistas. Se alistó en el batallón polaco “*Mickiewicz*” a fines de 1936. Después de la derrota, cruzó a Francia. Viajó en un carguero de bandera mexicana desde Cherburgo a Tampico.

Carmen decía que el fin de la guerra, con la expulsión de *rojos*, trajo paz a su vida. Su hermana Delia y su tía Florencia murieron en el bombardeo de Guernica. “No estaría sufriendo —aseveró— si no fuera por las ocurrencias deschavetadas de radicales y republicanos”.

Niall Gibbs estaba influido por las cartas de Piero desde Boston. Guglielmetti se refería con horror a la desaparición de su amigo, hijo de una familia de relojeros suizos, Jacobo Ortmann. Su hermano, Angolino, se unió al destacamento fran-

cés *"Pierre Brachet"*. Desapareció a bordo de un bombardero Tupolev en Asturias. Sus primos, Benito y Gustavo, integraron una *balilla* en Monterotondo. Viajaron con su madre, Claretta Galizzo, desde Pinerolo, a inscribirse en el Palacio Zabban en Roma. Aseguraba que sus hijos crecerían fuertes y rectos gracias al *"Libro e Moschetto"*<sup>16</sup>.

Piero recibió una orden para desfilarse portando teas en Ascoli Piceno. Eludió la invitación fingiendo dolor de abdomen y vértigo. Ansiaba volver a espiar a tía Claretta cuando nadaba desnuda en la alberca de la casa de campo en Cinque Terre. Galizzo le envió una tarjeta colmada de ternura para que se integrara al Instituto de Bachillerato: *"Vio siete soprattutto l' esercito di domani"*<sup>17</sup>, firmó estampando sus labios carmesí en la tarjeta.

Gibbs escuchó un aviso radial, operetas y luego *"Cara al Sol"*<sup>18</sup>. La conferencia del Informe Sudáfrica, junto a Bernard Allan, sería en el Crystal Palace de Londres. Asistirían diversos invitados y una delegación de especialistas en salubridad pública de Baltimore.

El cuadro de Franco, que dominaba el acceso principal, podía ser visto desde la claraboya o desde la mampara. También desde la mesa donde jugaba póker y rezaba en Semana Santa.

Bernard ejecutó al pie de la letra su plan. Los cuatro días en España fueron primordiales para la mente de Niall. Ordenó informes y redactó las fichas con las que respondería a las

---

16 "Libro y Mosquito".

17 "Vosotros sois sobre todo el ejército del mañana".

18 Himno franquista.

interpelaciones capciosas del jurado de Baltimore. Aterrizaría en Londres, antes de las diez de la mañana, y cenaría con Allan y su mujer, Sara Clinker.

Dispuso la entrega de los informes para ser impresos, en breviaros, en los “Talleres de Impresión Bishopsgate”. Clinker preparó *muffins*<sup>19</sup>. Conocía las apetencias de Gibbs por los bizcochos de frutilla y el *té negro* de Sri Lanka.

El Servicio de Mensajería, dependiente del Hospital Provincial de Shereham, distribuía la correspondencia desde Inverness a Southampton. Los pliegos, destinados a Gibbs, eran *certificados* por el Servicio. Recibió un sobre de cartón sepia, remitido desde Lyon, a nombre de Marie Bourrier Closs. La cartulina, sellada con *lacre*, contenía una serie de acotaciones y mapas. Bernard subrayó que era una obligación, imposter-gable, estudiar un encargo expresamente ordenado.

Antes de abrir el *dossier* en su departamento de Lomax Place recordó el rostro de Marie. Se reunieron a tomar el té antes de su alumbramiento en East London. La esposa de Steenblock conocía diversos parajes de la historia inglesa. Señaló que el poema de Baudelaire “*Correspondances*” le evocaba las notas y artículos de su padre François Bourrier sobre la *Marcha Cartista* de 1839 —liderada por el “*Blackwood Infiel*” Sofonías Williams<sup>20</sup>— desde Nantyglo hasta las inmediaciones

---

19 Panecillos dulces.

20 Sofonías Williams (1795-1874) Nació en Argoed. Encabezó la mayor rebelión del siglo XIX en Inglaterra. Fue conocido como un político de ideas radicales. Algunos antecedentes señalan que fue procesado por la detonación de una mina en Usk en 1833. Fue declarado culpable de alta traición, por la “*Marcha Cartista*”, y condenado a muerte el 16 de enero de 1840. Sin embargo, la pena fue conmutada por el destierro a la “*Tierra de Van Diermen*” (Australia). Falleció como un hombre próspero en Launceston, Tasmania, el 8 de mayo de 1874.

de Newport. François sostenía que el movimiento, sofocado a tiros por soldados Casacas Rojas en el *Hotel Door of the West*, era la mayor rebelión armada del siglo XIX en el Reino Unido. *“La Nature est un temple où de vivants piliers / Laissent parfois sortir de confuses paroles; / L’homme y passe à travers des forêts de symboles / Qui l’observent avec des regards familiers. / Comme de longs échos qui de loin se confondent / Dans une ténébreuse et profonde unité, / Vaste comme la nuit et comme la clarté, / Les parfums, les couleurs et les sons se répondent”*<sup>21</sup>, era el fragmento breve que memorizó en Limoge. Gibbs, en sus años como estudiante en la Facultad de Medicina, entonaba las estrofas del Himno Cartista junto a Walter Armbrister:

*“Arriba muchachos, y luchad,  
vuestras armas son la razón y la verdad,  
haremos saber a ‘whigs y tories’  
que no hay traición en el pensar.  
Encaradnos, amos, si podéis,  
y el desastre os ha de esperar.  
Con o sin nosotros hemos de triunfar  
tan pronto obtengamos la cara.  
El obrero se arrastra y sufre más y más  
mientras los tiranos se hartan sin cesar (...).”*<sup>22</sup>

Bourrier colocó proyecciones en el interior de los tubos de aluminio. Eran coordenadas geomorfológicas. Originales y

---

21 La creación es un templo donde vivos pilares / hacen brotar a veces vagas voces oscuras; / por allí pasa el hombre a través de espesuras / de símbolos que observan con ojos familiares. / Como ecos prolongados que a lo lejos se ahogan / en una tenebrosa y profunda unidad, / inmensa cual la noche y cual la claridad, / perfumes y colores y sonidos dialogan.

22 Fragmento del Himno Cartista.

con sello de agua del “Instituto Geográfico Militar Argentino”. La viuda, en una carilla explicativa, señaló que las referencias —de puño y letra del rumano— provenían del Tomo I de “*Atlanta*”. Seis ejemplares, editados por el cazador de *selk’nam*, que se extraviaron. Niall leyó las glosas del librito II acerca de la conferencia que dictó Popper en 1897 en Buenos Aires. Destapó el cilindro “A-1”. Expandió la fotografía del manuscrito de constitución de la “*Compañía Anónima de Lavaderos de Oro del Sur*”. Marie adelantó que Vincent Steenblock compró catorce expedientes, de ubicación de las arenas auríferas, al exdirector de la Oficina de Documentación, Reinaldo Frazmann Herrera.

La obra era exhaustiva. Con todos los datos necesarios para iniciar una expedición. Saber cuál era el interés de Steenblock por esas tierras meridionales. Sólo Andre Morton había estado en las proximidades de Tierra del Fuego. Viajó por encargo de la “*Compañía Stanley*”, dedicada a la producción de ganado bovino, a Las Malvinas. Permaneció durante quince meses bajo el inexorable invierno del Atlántico Sur, llevando libros de balances. Las reses fueron trasladadas a Comodoro Rivadavia y a Río Gallegos. El reumatismo —y el ansia por las playas de Tobruk en Libia— hizo que Morton abandonara Isla San José.

Vincent Steenblock no fue un hombre que prestó atención a su mujer. El dinero, el poder, guiaron sus impulsos. No dudó en arrendar el “San Martín” y navegar hasta Sudáfrica a pesar de las inclemencias del Cabo de Buena Esperanza. El legado de Julius Popper, muerto a los treinta y seis años, era una fortuna apetecida y sin dueño.

El rostro de Bourrier persistía en la memoria de Gibbs. Pensó en las posibilidades, encubiertas como adivinanzas complejas, que pudiesen cambiar el destino de sus días. Que el hálito, inclemente del azar, la aventurara a un lugar recóndito en la distancia. Un páramo despreciado por la geografía. Soñó que atravesaba una sabana fría, con animales en la inmensidad y rayos azules que caían junto al granizo, desbordada por el silencio.

El sol penetraba la alcoba. El teléfono sonó. Era Bernard Allan. Llamaba por el hijo de Ceinwein Atkins, Oliver. Padeecía dolor de cabeza y fiebre constante. Gibbs atendió su nacimiento y guio los cuidados de su madre, Edwina Milk. Allan aseveró que el caso fue complejo. Permaneció un año sin evidenciar complicaciones. Edwina prefirió llevarlo de regreso a la capital. Viajó en tren a cargo de su tío, el periodista Philippe Slammer.

Oliver fue un soplo esencial para Niall Gibbs. Fue el primer parto que atendió durante la epidemia de cólera en Bramwell. Permaneció sin llorar ni respirar entre los apósitos. Su pulso, diminuto, era imperceptible. Colocó el estetoscopio sobre el vientre del chiquito. Comenzó con masajes pausados. Abrió su boca y le insufló aire. Edwina, sin reponerse del parto, lloraba. Buscaba el abrazo de su marido. Pero la criatura dilató las costillas, abrió las manos y las colocó sobre las mejillas del cirujano de Nantyglo. Gimoteó de hambre y frío al clarear. Fue bautizado, por los vecinos del suburbio, como *“Amanecer”*.

Oliver había cumplido los quince años. Frágil y empalidecido. Postrado en el N° 25-B de Edgware Road. Gibbs le examinó las escrófulas de las axilas, midió el pulso. El hijo de

Ceinwein parecía esfumarse. Su existencia se desintegraba. Bernard Allan señaló que podía tratarse de una pulmonía mal cuidada. Un diagnóstico inexacto. Asistiría a Oliver, pero sin esperar milagros. Edwina sentía que era el fin. Permanecía muda, apoyada contra el muro, a un costado de la habitación. Evocaba aquella noche de invierno cuando —impulsado por un aire misterioso— su retoño se aferró a la luz. Ahora se trataba de un túnel implacable. Atkins suplicaba que la muerte se llevara a su hijo. Que lo apartara del dolor para siempre.

El pulso del sobrino de Philippe se fue extinguiendo. Deshaciéndose en la madrugada en un ensueño inescrutable. Niall le dijo, hablándole al oído y tomando sus manos, que haría un viaje hermoso a un lugar sin dolor. “Amanecer” dejó de respirar suavemente al alba.

Sepultaron a Oliver, con la ayuda del Sindicato de Excavadores de Northumberland, en el Cementerio de Highgate de Londres. El único hijo de Ceinwein reposaría en la misma necrópolis que acogió a Carlos Marx el 17 de marzo de 1883. Sólo los amigos más cercanos acompañaron a los Atkins Milk. Philippe Slammer pronunció un discurso breve:

*“Hemos concluido en la muerte de un niño.  
Atrás ha permanecido la incertidumbre y  
el padecimiento. Oliver, estás lejos de la ciudad  
oscura y lluviosa, lejos de la noche fría,  
impasible, y del metal. Has pasado y nos  
revelaste el fuego como Prometeo  
en nuestros corazones. Sólo muere lo joven.*



*Que tengas un buen viaje a la ciudad de la luz.  
Adiós, hasta siempre, Oliver Atkins Milk.  
Gracias por acompañarnos”.*

La muerte de Oliver fue una irrupción para Niall. El céfiro de un pedregal. Los planos que Marie trazó con dedicación, y que guardaban secretos crípticos, eran más confiables que las marañas del método y la ciencia. Presentó su renuncia al sistema hospitalario. El “*Oxford B.Ch1*”<sup>23</sup> le fue concedido luego de tres años de tramitación. No dictaría la conferencia en el Crystal Palace.

Morton regularizó el salvoconducto de Gibbs y su credencial de médico ante la Cancillería de Argentina. Adquirió una estancia en Río Gallegos. Fijó el plazo de un año para descubrir los secretos del holandés, Vincent Steenblock. Escribió una carta a Marie. Agradeció su rigor geográfico y el eco indeleble de su voz.

El sendero de Julius Popper era misterioso. La sombra de un niño en el Parque Cismigiu de Bucarest. Similar al de quienes buscaron sus tesoros. Solitario, mudo, detenido, frío, abandonado en el desierto gélido. El último bastión de América. Vincent Steenblock yacía en la profundidad del océano.

Marie Bourrier en la lejanía.

*“A la orilla del abismo del invierno, que se  
derrumba, tiempo y cielo abajo, en enorme  
naufragio de espanto”.*

**Pablo De Rokha**

## LOS BANDIDOS

Jinetes insomnes, ciegos y malditos, surgirían desde un lugar desconocido. Sobre caballares oscuros. Armados con boleadoras y hondas. Llevándose niños y matando perros. Arrancándoles las tripas. Comiendo sus olfatos. Y el lugar temblaría, como en un terremoto noctámbulo, con el paso de los palafrenes. Las mantas ensombrecerían la amanecida. Una incursión espantosa, y desde un arenal lejano, una horda de bandidos que, sin detenerse, traspasaría el sinfín del campo, forjando un camino hecho de trazas. Miles de herraduras cinceladas al galope. El temor fundamental de Emilia Córdova Quilapán. Deslumbramiento oscuro y recóndito que nació junto a ella en Tregualemu. Su madre, Clementina Quilapán Mayorga, arrulló ese espanto. Decía que durante una noche de temporal, entre junio y agosto, esos hombres —en animales apurados a golpe de rebenque— llegarían desde el confín del océano poderoso que arrojaba su ira contra Tregualemu.

Un furor, una marejada enviada por el viento de altamar, abultaría las mantas negras, orladas con rebordes, de esos irascibles. Como la lucha eterna entre el bosque y el resuello marítimo. Troncos inclinados. Encorvados por el viento de Cabo Humos.

Para Clementina, la embestida oceánica, esa que alzaba la techumbre de las casas y apuraba las gotas de lluvia, no equivocaría la ruta de esos picadores que franqueaban las aradas sujetándose de las riendas. Apresurando el galope, clavándoles espuelas y fustigando con sogas trenzadas en Lonquén. El estampido concebido en los aquelarres. Hechiceros que, a cambio de su alma al infierno, controlaban los velámenes de las cuatro estaciones.

Algunos nacieron en Bullileo. Conocían el nombre de las constelaciones. Adivinaban la aparición de estrellas azuladas, con cabelleras extensas, como si fuesen la traza espumante de los barcos que se pierden. También auguraban terremotos y erupciones volcánicas. Clementina señaló que podían traer una ola marina, desde Japón, que arrasaría con vacas, terneras, mocosos, chanchos y rucas.

Emilia supuso que esa embestida, en el santiamén menos premeditado, aparecería, nocturna, junto a un celaje frío. Por eso había que ocultar a Gumercindo Judas. El único hijo que tuvo con Severino Augusto Carranza Carranza. Gumercindo cuidó vacas y cabras en Porongo. El médico Arnaldo Madrigal Bernaldes le enseñó a leer y a imaginar letras. A comprender certificados forenses y a preparar ungüentos para el estreñimiento. Madrigal se casó con la devota de Toribio de Lima, Isabel María Rangel. Una tarde calurosa de noviembre,

mientras las vaquillas pastaban, Arnaldo le dijo que lo esperara en su despacho. Que observara los libros de la biblioteca. Que trasteara los instrumentos —colocados a un costado de los anaqueles— indispensables para sacar incisivos y muelas. Para estudiar las entrañas de los difuntos del hospital. Que cerrara los ojos y que escuchara la música. Madrigal le explicó que era la armonía para la Virgen María: *Stabat Mater de Pergolesi*. Le enseñó la letra. Debía invocarla —a falta de otro destino— para auxiliar su alma. Cantarlo al despuntar, al mediodía, o al *ángelus*. El crío memorizó dos estrofas: “*Stabat mater dolorosa juxta Crucem lacrimosa / dum pendeat Filius. Cuius animam gemente / contristatam et dolentem / pertransivit gladius. O quam tristis et afflicta / fuit illa benedicta / Mater Unigeniti...*”.

Apreció el temor. El destino de su espíritu después de la muerte. Podía llegar atravesando la melga como un relámpago verde.

Su padre, Severino, desapareció. Clementina le dijo que el hombre se fue de madrugada a caballo. Enfilando, por la orilla de la costa hacia Puerto Saavedra.

El espanto se hizo más profundo e inexorable. La réplica de “*El Sueño de Endimión*”<sup>1</sup>, encuadrada al fondo del comedor de la casa patronal, traducía el temor de Emilia y de la abuela Clementina. Quilapán pasaba las noches con el Rosario en la mano, murmurando plegarias que no tenían fin. Imploraba para que esos *malditos*, en sus animales ofuscados, y extendiendo sus ponchos de ladrones, en la vida llegaran.

---

1 Ame-Louis Girodet de Roucy Trioson.

El viento del ocaso bufaba en el entretecho. Ese resoplo, que traspasaba las tejas, se hizo parte de esa *música* extraña e inerte de Arnaldo Madrigal Bernales. Ajena a la cueca de los huasos que se emborrachaban. Se perdían cruzando, como animales ebrios, chacras, vegas, y regresaban —después de las chinganas— muertos, defecados en la huella a Bullileo. Así encontraron a Ramón Llanquileo, hecho cadáver, con los ojos abiertos y con las tripas al aire. Una fetidez confusa. Mezcla, argamasa, de olor de víscera humeante, sangre, y vino. El certificado, redactado por Madrigal, rotulaba que la defunción se originó a raíz de la ingesta descomunal de chicha. El abdomen del hombre fue abierto, con destreza, por el puñal de un desconocido. El tajo, letal y profundo, fue vertiginoso. Horizontal y firme.

Gumercindo Carranza esquivó el temor de su madre. En él permanecía una fascinación por las historias de jinetes despabilados. Paisanos que no se adormecían y que caminaban hasta la pampa argentina. Evadidos de la guerra como su abuelo, Bernardino Carranza, que cruzó la frontera. No se reportó al destacamento que reclutó inquilinos e indios de Punta Nugurne, y que lo llevaría a combatir a Lima. Vivió hasta los 95 años con una salteña que tenía cinco hijos, América Corales Barral, en San Fernando del Valle de Catamarca. Corales era nieta del asaltante de tabernas, desertor de la milicia y frecuentador de prostíbulos en Colonia Castex, Bautista Barral Acosta. Barral también se negó a ir a la guerra, entre federales y unitarios, por orden del señorío de Buenos Aires. Se ocultó en las villas de la pampa. Trabajó en una empresa de prospec-

ción petrolera en Ushuaia y esquilando ovejas en Las Malvinas. Desembarcó en Bahía Blanca y se estableció en San Juan.

Gumercindo Judas, en la Hacienda “San Gabriel”, escuchaba desde su camastro las cuecas a Balmaceda. Los inquilinos, junto al fogón de la casa patronal, recitaban versos y relataban anécdotas obscenas de sacristanes, monjas y clérigos. Percutían la cueca, con maña sincopada, sobre el mesón de lenga. Clementina aseveraba que era el zapateo del diablo sobre las sepulturas. La cocinera Fresia Painemal Reyes, madre de seis hijos que se enrolaron en un piquete balmacedista, ebria y con peluca hecha de trenzas de ajo, solicitaba una pausa en medio de la algazara. Recitaba las estrofas de una tonada. La barahúnda concluía al amanecer:

*“Mi vida, gloria eter..., gloria eterna  
al gran patriota, mi vida, víctima,  
víctima de una traición.  
Mi vida, y al ilú..., y al ilustre  
Balmaceda, mi vida, por su  
no..., por su noble corazón.  
Mi vida, gloria eter..., gloria eterna al gran  
patriota”.*

Gumercindo aprendió diversos chistes. Coplas picarescas, alusivas al Presidente de la República que caía en desgracia en Santiago.

Su padre, Severino, adquirió varias hectáreas antes de morir en Tregualemu. Presintió el fin —le dijo a Emilia— y compró el campo de Juan Alberto Reyes Mancera. Le llevó una manga rellena con billetes. Volvió sin hablar al anochecer. Pre-

paró mate. Dejó las botas, la chupalla y los rebenques debajo del catre de bronce. Susurró una frase y se persignó. Llamó a Emilia y a Clementina.

—Compré las tierras al hombre. El destino me viene siguiendo y tengo que dejar algo en este mundo —probó el mate y continuó.

—Estas tierras serán para Gumercindo Carranza, mi único hijo. Quiero que lo sepa bien, Emilia. Está en edad de ser hombre. Nadie se las va a quitar. He dicho.

Severino murió. Fue sepultado en el Cementerio de Loanco. Gumercindo nunca lo supo. Estaba con Madrigal Bernaldes en Porongo. Emilia le explicó que se había ido al sur.

Isabel María Rangel, la devota de Toribio de Lima, sacaba liendres del cabello impenetrable y espinoso del chiquillo. Para Clementina era el indicio de que los *"malditos"*, los bandoleros, rondaban el campo y esparcían sus roñas. Sus caballos, sus vestimentas, desperdigaban garrapatas, chinches, pulgas y moscas que surgían del excremento de los puercos. Hedían a pocilga, a estiércol de alazán enfermo. Un terremoto distante, debajo de la cordillera, o un apuro nocturno. Incomprensible, críptico, latente, que no podía ser definido.

Después del Año Nuevo, Gumercindo se paró frente al mar en Punta Nugurne. Clementina atestiguó que los *"malévolos"* podían emerger de las aguas y galopar desbocados. Pasó la mañana y las nubes negras, que se encendían detonando relámpagos, no llegaron hasta el arenal. Sólo el viento marino perduró. Inclina los árboles de la playa. Entendió que eran advertencias. Una premonición transcrita por la vieja. Emergerían resueltos. Matando de noche. Impregnando el aire con el resoplo de la furia.



Madrigal Bernaldes atendió a Clementina hasta su muerte. No pudo sostener los escapularios, la bombilla del mate ni los rosarios entre los dedos. Sus manos comenzaron a deformarse; a arder, decía, desde junio a septiembre. Madrigal le sugirió que durmiera en un camastro, de cabecera alzada, para evitar caídas y fracturas. Pero la vieja, con los huesos roídos, pedía —golpeando tres veces el velador con el cacillo de cobre— mear en su bacínica de loza.

Bernaldes era experto en clasificación bibliotecológica. En recetas, fórmulas herbarias, para enmendar el *parisismo*<sup>2</sup>. Archivaba, como si se tratara de un joyel primitivo, códices del “REAL TRIBUNAL DE PROTOMEDICAMENTO” de la Universidad de San Marcos de Lima, Perú. Aplicó las indicaciones, con dureza, a Eusebio Lara. El hachero de Curepto padecía vértigos y extenuaciones. Los extractos hacían efecto. Dejaban a Lara sumido en ensueños confusos en los que aseguraba que Guercindo —el único hijo de Severino— no cumpliría los deseos de su papá. Que su trocha sería distante. Más allá del confín. Al borde del mar donde nadaban orcas.

Los documentos le permitieron disponer de “*medicina heurística*”. Comenzó con *embrocaciones de hojas de malva, cabezas de adormidera e higos de río*. Posteriormente, con una *cabeza entera de carnero cocido a más tres ebulliciones*. Se añadieron *lavativas de vino blanco, enjundia de gallina y miel*.

La aplicación del método, estricto, libraría a Eusebio Lara del *angor animis*<sup>3</sup>. Los esbozos señalaban que el paciente de-

---

2 Pérdida de conciencia.

3 Agonía.

bía exhibir un correcto equilibrio de sangre y linfa. Fundamental era la *artribilis* o *bilis negra*.

Dejó a Lara con una serie de tratamientos. Incluía baños de sol durante la mañana y agua de lluvia en las comidas. El hombre mejoró el semblante. Se esfumaron los síncope y las náuseas. Arnaldo encargó, para finalizar el proceso curativo, usar *lenitivos tórridos, dulcificantes y carminativos*.

Clementina Quilapán, a pesar del terror que la acompañó hasta la muerte, accedió a diversos secretos. Agriamente protegidos e inscritos en recetarios. Farmacopeas crípticas. Sorprendió a Madrigal Bernal con la aplicación de *perros pelados, ojos de cangrejos, uñas de gran bestia, cerebros de liebre, gaviota y corazón de buitre. Más estiércol de lagarto (...)*.

Gumercindo Judas regresó a los cuarenta y cinco años a Tregualemu. Emilia hizo que revalidara el título de dominio. Aún creía que su padre, el hombre ceñudo y huidizo, se hallaba lejos. Asentado en el sur lluvioso. Tuvo ese pensamiento, como una memoria insignificante, cuando vio pasar una tromba oscura sobre el mar de Curanipe. Clementina la definió como el *cóccix del diablo*. Una borrasca azabache, pavorosa, sobre el océano, que se llevaba el aliento de infames, no bautizados, sacrílegos y ateos. Mataba, aseveró, guaguas. Impedía casamientos. Establecía la *sombra* de los hombres jóvenes. Encorvaba el destino de buenos y malos.

Gumercindo construyó un caserón. Erigió pircas y un murallón de adobe. La guerra barrió con sus parientes. Algunos murieron en Lo Cañas. Otros en el puerto de Caldera. Una supuesta hermana, Aurelia de las Mercedes Carranza, vivió en Guajaca, México, y fue sepultada en Monterrey.

Los medieros retornaron, sin un brazo o cojos, de Santiago y de las proximidades de Valparaíso. Arzobindo Caitremán, parido en Quilamuta, tuerto y sin el pulgar derecho, caminó alrededor de los muros. Escupió el murallón. Apegó su boca al adobe del tabique y, como si se tratara de un desahogo impensado, voceó garabatos. El *malparío*, dijo, no había ido a la guerra y era dueño del suelo. Protegido por el desgraciado de Arnaldo Madrigal Bernales que no fue al alumbramiento de su otra esposa, Juana Llanquileo, que murió a mediados de julio en Curepto.

—¡Perro malparío... te quedaste aquí y nos llevaron a la guerra! ¡El desgraciao de tu taita te mandó pa' Porongo!

—¡Amalaya te reventí acá! —vociferó pegado al abobe.

—¡Ya vai a ver cómo se viene el mal tiempo —dando patadas al murallón—, hombre!

—¡Ya estái maligno, podrío, mierda!

Su mujer, Agueda Sánchez, preñada de otro hombre, se lo llevó del brazo.

Arzobindo se alistó en Tregualemu. Lo sacaron de la hacienda —amarrado de los tobillos— a las tres de la mañana. El secretario del Ejército, el Sargento Máximo Campos Menares, garabateó su nombre en el casillero 110. Recibió uniforme, botas y una carabina. Juró por Dios, por Balmaceda y la Patria. Fue subido al vapor "San Pedro" en Constitución. Otro *enganchado* en Quivolgo, Remigio Madrigal Barrantes, le dijo que no disparara, que se fugara a Santiago. Tocaría como recompensa un fundo, cedido por el radical Edmundo Bossay, en Pigu-

chén. El barco anclaría en Antofagasta, pero el “San Pedro” se detuvo en Valparaíso. El piquete marchó a Placilla.

Los tiros de carabina surgieron como relámpagos ciegos, silbando invisibles. Avanzó a la batalla. El estruendo lo dejó sordo. El pánico hizo que se defecara. Algo ardiente le extirpó el pulgar derecho. Cayó sobre un miliciano herido que se revolcaba de dolor. Pensó que Caitremán venía a matarlo. Le extirpó el ojo izquierdo con un verduguillo.

Fue reconocido por Remigio Madrigal. Despertó con el rostro hinchado. Con sangre seca y abundante en la boca. La plaza estaba sembrada de cadáveres desfigurados. No fue necesario, al quedar como *baja*, rematarlo con bayoneta.

Arzobindo evidenció que le faltaba un ojo. Cuatro hombres lo afirmaron sobre una camilla. Un practicante le colocó apósitos empapados en alcohol en la fístula. La emulsión lo quemaba. Anegabla la cavidad ocular. El enfermero removió los restos con pinzas quirúrgicas. Otro recluta, de treinta años y que nauseaba sangre, agonizó anémico. Fue sepultado como Ernesto del Tránsito Segovia Segovia en Quilpué.

Gumercindo lograba ver el mar desde sus dominios. Arzobindo Caitremán hizo *marcas*, con la punta de un cuchillo, en el murallón. Era la *tipografía* de una maldición. El lenguaje recóndito, imprecación rústica, del iletrado.

Carranza permanecía en su hacienda. Era su ciudadela. Su país diminuto. Lo apartaba de Tregualemu, de los husmeadores y de los *tullidos* de la guerra de Santiago. “*Palmito*”, “*Re-toño*”, “*Emperador*”, “*Bandido*”, “*Breve*”, y la mula “*Lenga*”, recorrían el potrero. Erigió los muros —para impedir la arremetida de forajidos— según los consejos de Clementina Quilapán.

Arnaldo Madrigal Bernales le escribió una carta. Intercedía por el hachero de Curepto. Eusebio Lara fue expulsado del “*El Almendral*”. Su mujer, Aurelia Madrid, huyó con un comerciante a San Miguel. Lara montó las pesebreras y Gumercindo lo enlazó con su madre, Emiliana Córdova.

Los hijos de la cocinera, Fresia Painemal Reyes, Carlos y Jeremías, retornaron desde Til-Til. Eusebio de Carahue, Hernán de Talagante y Godofredo desde Mendoza. Eran *mesnada dada de baja*. “Lesiones graves y asma”, rotulaba el parte copiado en Santiago. No entraron en combate en Caldera. Fueron —por magulladuras y la sarna— internados en el lazareto de San Bernardo. Moisés Elías, el que trenzaba lazos, pereció de tuberculosis en Alhué.

Fresia parió en la Hacienda “San Gabriel”. Su único paisaje desde el horno al comedor de la casa patronal. “*San Gabriel*” se extendía desde la pirca hasta el horizonte del océano. Hasta ahí llegaba Chile. El desierto del norte y el Volcán Toltén del sur eran parajes inexplicables que surgían quizá de los tizones del brasero. Germinaban de la chicha, el mate y las cuecas. Se agregaban jácaras coloradas, prohibidas, de las monjas del claustro “*Santa Ana de Camino Viejo*”. Painemal se embriagaba como los inquilinos de la hacienda. Sólo confiaba en Emilia Córdova que decía que su hijo, Gumercindo, había adquirido lecciones de *señor ilustrado* en Porongo. Anselmo Vera, el supuesto padre de Hernán, murió en Quella.

Fresia Painemal catava el aguardiente que destilaban en la bodega del caserón. Le requemaba las entrañas y le enjuagaba las encías. Se persignaba. El testamento de Severino Augusto detalló que los hijos de Fresia Painemal Reyes, chilena,

soltera, podían ocupar los terrenos de Gumercindo Judas y levantar casas. Dispuso que Hernán, Carlos, Jeremías, Godofredo y Eusebio —únicamente *señores* de sus mantas de castilla— alzarán sus ranchos.

“*La Digua*” fue el nombre que recibió la herencia de Gumercindo. Se llevó a Fresia Painemal. La nombraba como “*su señora*”. Para la cocina, decía, y para el dormitorio. Carranza retornaba después de cuatro meses. Irrumpía ebrio. Painemal quedó en cinta, pero el embarazo duró un mes. Evidenciaba lesiones orgánicas, hemorragias, sangrías, causadas por la bestialidad de Gumercindo.

Fresia le parecía más vieja. Gumercindo trajo, después de San Juan, a una muchacha nacida en Pahuil, Mariana Magdalena Rivas, con la que tuvo a Laura Ernestina. Mariana y Fresia se consagraron como las *esposas* de Carranza.

Arzobindo Caitremán volvió, después de dos años, a pararse en la entrada de “*La Digua*”. Se afirmaba de una muleta de eucalipto. Estaba ciego. Repitió las blasfemias. Aseveraba que Gumercindo se pudriría. Regresó el domingo junto a otros cercenados. Los treinta hombres, descalabrados por el tiempo y el frío, aullaban contra Carranza. Eusebio, Hernán, Godofredo, Carlos, Jeremías y Gumercindo, volvieron al inicio de la primavera. Compraron caballos lozanos en el mercado de San Javier.

Las execraciones de Caitremán no eran poderosas para Carranza. Las blasfemias de un tuerto no eran *mortíferas*. Se iban con un *Padre Nuestro*. Pero Eusebio insistía en que se empotraban en el ropaje de quien las oía.

Gumercindo no fue a la guerra. Ascanio Cereceda murió sin la pierna derecha. Pedro Marileo con una bala de fusil alojada en la cabeza. Sus siete hermanos, que trabajaron desde niños en “*San Gabriel*”, se trasladaron a Gualleuco. Vivieron infestados de liendres y pulgas. Los piojos, según Caitremán, eran un ensalmo —*un mal*— urdido por Clementina Quilapán. Regresó para gritar a la entrada de “*La Digua*” a las tres de la mañana. Orinó la contrapuerta. Arrojó piedras al tejado. Carranza disparó dos tiros de escopeta.

Caitremán huyó maldiciendo. Berreando que el hijo de Severino Augusto era la *condenación*, que un día se precipitaría sin clemencia sobre Tregualemu. Caminó enderezado únicamente por la memoria. Por la fetidez de las colchas y el jergón de su camastro de fierro. El hedor iba con él. Le pertenecía como un estigma imperecedero.

Gumercindo, y los hijos de Fresia Painemal, salieron antes del amanecer a la feria ganadera de Licantén. Venderían caballos jóvenes, potrillos destetados y fardos. Carranza retornaría, con forraje y porcelana inglesa para Isabel María Rangel, en una semana. Caitremán y los inquilinos quemarían “*La Digua*” al anochecer. Así, dijo, se irían las maldiciones, las pulgas y las liendres. El fuego acabaría con los maleficios de Clementina Quilapán y Severino Augusto Carranza. Madrigal también pagaría por no curar sus ojos.

Arzobindo, a la anochecida, gritó que el fin debía consumirse con fuego. Volvió a *escribir*, en su *grafología* recóndita, agravios impenetrables. Empapó la puerta con petróleo. Emilio Manquileo la encendió. Fue un destello azul que avanzó hasta la tranquera. Brotó como un resplandor súbito. La re-

fulgencia hizo que las sombras, sin brazos o pies, se extendieran. Continuó por los tabiques de alerce y el techo. Fresia y Mariana imploraban a la Virgen del Carmen para que el fuego se apagara. El caserón de Gumercindo Judas era una flama que devoró, con terror y alaridos, a Fresia y Mariana, zampando muebles, ventanas, puertas, poltronas, tejas. El *veterano* de Placilla dijo que la maldición había desaparecido. Las murallas, recubiertas con estuco de cal, quedaron tiznadas. Mas perduraron las marcas cinceladas del tuerto.

Arzobindo durmió dos días. Despertó ceñido por un heodor extraño. Amasijo de madera, cuero y perro muerto. Hurgó en las costuras de su camisa. No había pulgas ni piojos. Agueda Sánchez, su mujer, fue a parir a Curanipe, pero le dejó una damajuana de aguardiente de Hualañé. No regresó.

Arrancó el corcho lacrado con estaño. El licor iba apartándolo del mundo. Flotaba como un barco impulsado por el viento. El mar estaba furibundo.

Paladeaba más aguardiente y los rayos, desde un aguacero alejado, caían verdes y azules. Poderosos sobre altamar. Tocó su rostro. Ahí estaban sus ojos, abiertos y colmados de luz. Vio que los jinetes, envueltos en mantas negras —como dijo Clementina—, se desbocaban hacia él.

Los alazanes jadeaban. Galopaban desbocados sobre el mar. Los truenos surgían con el golpe de las pezuñas sobre las olas espumosas. Era Gumercindo Judas Carranza y los hijos de Fresia Painemal.

La horda iba haciendo un camino cincelado. Las bestias bufaban un soplo violento y repugnante. De sus herraduras



surgían chispas azuladas. Los picadores, armados con cuchillos y lazos de Lonquén, destripaban perros. Caitremán fue alcanzado por los aterradores. Despedazaron sus intestinos y extrajeron sus entrañas ensangrentadas. Los piojos y las pulgas retornaron. Los jinetes marcaron sus herrajes sobre la calle de piedra. Montaron furiosos. Eran la embestida de la venganza. Era el ensueño de aguardiente que bebió Arzobindo Caitremán o la maldición irrevocable que acuñó Clementina Quilapán.



# ÍNDICE

- 09** Pedregal
- 31** Los bandidos

EN ESTA EDICIÓN COLABORARON  
DANIEL VISCARRA, CARLA VALENZUELA  
Y ROBERTO MORALES. EL LIBRO  
FUE IMPRESO UNA SILENCIOSA  
TARDE DE INVIERNO. SE TERMINÓ  
DE CORREGIR MIENTRAS MIRABAS  
EL CIELO A ORILLAS DEL MAR.